

EL FENÓMENO CISTERCIENSE

Carlos GUTIÉRREZ CUARTANGO¹

1. ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS

El monacato es patrimonio de muchas culturas y religiones; es patrimonio de la humanidad. El monacato cristiano surge en el siglo IV como una reacción a la institucionalización y clericalización de la religión cristiana. Cuando el emperador Constantino asume el cristianismo como religión oficial del imperio romano, perdiendo ésta su carácter carismático y profético, se produce un movimiento masivo de huida al desierto, al que se retiran muchos hombres y mujeres con el deseo de vivir el Evangelio con una mayor radicalidad.

Es así como se origina el fenómeno monástico. Por la tanto, *la fuga mundi* es, fundamentalmente, una huida de la mentalidad mundana, de una mentalidad clerical e institucional, como alternativa de vida evangélica que no pacta con el poder de este mundo ni con sus valores, y que desea mantener vivo el espíritu carismático y profético de los primeros seguidores de Jesús de Nazaret.

Ya desde un primer momento son dos las clases de monjes que viven en el desierto: los anacoretas o solitarios, y los cenobitas o monjes que viven en comunidad. La figura paradigmática de los primeros es San Antonio del desierto, y la

¹ Prior del Monasterio de Santa María de Sobrado

de los segundos es San Pacomio; ambos harán escuela, desde los orígenes del monacato hasta nuestros días.

En el siglo VI, en la Roma decadente, aparece un hombre, Benito de Nursia, que se retira a la soledad buscando solamente a Dios, renunciando a un futuro halagüeño. Al cabo de un tiempo se hace famoso por su santidad y, poco a poco, va rodeándose de discípulos que desean seguir su estilo de vida. Con ellos forma una comunidad de monjes y legisla para ellos elaborando una regla de vida monástica, conocida desde entonces como la Regla de San Benito (en adelante, RB). En los siglos siguientes más próximos, circunstancias sociales y políticas hacen que la RB se imponga sobre otras muchas reglas monásticas que, en aquel tiempo en toda Europa, proliferaban a la par que la fundación de monasterios.

Llegados al siglo XI, prácticamente todos los monasterios existentes en Europa siguen la RB. Es en este siglo cuando surgen movimientos de renovación monástica que tendrán vigencia hasta nuestros días y cuya pretensión será la de vivir con una mayor radicalidad el espíritu evangélico y la pureza de la RB. Estos movimientos de renovación van a ser una constante a lo largo de toda la historia, por aquello de que todo lo que está en manos humanas, tarde o temprano, tiende a deteriorarse.

Entre los movimientos monásticos de renovación y de nueva fundación que aparecerán en el siglo XI, nos encontramos con los cartujos, los camaldulenses, los premonstratenses y, ya a las puertas del siglo XII, con los cistercienses.

En el año 1098, un grupo de monjes acaudillados por Roberto, salen del monasterio de Molesmes, en Francia, para fundar otro monasterio, que llamarán el Nuevo Monasterio, con la doble pretensión de buscar sólo a Dios y de recuperar el espíritu de la RB. El Nuevo Monasterio se establece en Cîteaux.

Pasados unos años de dificultades, de falta de vocaciones y

de penuria en todos los sentidos, con el ingreso de Bernardo, el futuro S. Bernardo, y un grupo de jóvenes a quienes él lidera, se produce el florecimiento del Císter. Es tal su revitalización que, en un brevísimo espacio de tiempo, realiza sus primeras cuatro fundaciones en Francia que, en el plazo de medio siglo, se multiplicarán por toda Europa. Estos monasterios tienen un estilo propio dado por los fundadores, y mantienen entre sí un vínculo fraterno que estrecha a la casa fundadora con el monasterio fundado, constituyéndose, respectivamente, en *casa madre* y *casa hija*, y que viene establecido por uno de los primitivos documentos del Císter: *la Carta de Caridad*. Incluso se podría decir que, con la *Carta de Caridad*, se produce, por vez primera en la Iglesia, la aparición de una Orden.

El siglo XII es el siglo cisterciense, de su florecimiento y expansión. Bernardo de Claraval, hombre polifacético y controvertido, será la figura más destacada de su época. Es el siglo de los teólogos y místicos, a quienes llamamos Nuestros Padres Cistercienses, que nos han legado, en sus escritos, el carisma propio de la Orden. En el siglo XIII aparecerán mujeres de una gran categoría humana y espiritual que enriquecerán el patrimonio cisterciense y que, gracias a Dios, hoy en día comenzamos a conocer por sus escritos y estudios sobre su vida y obra.

Transcurrido el siglo de oro del Císter, se sucederán, uno tras otro, periodos de decadencia y de reforma que llegarán casi hasta nuestros días. Entre las reformas más sobresalientes se encuentran las de la *Estrecha Observancia* y la de la *Trapa*, que aglutinarán un gran número de monasterios bajo su observancia.

A finales del siglo XIX son muy numerosas las Congregaciones Cistercienses, lo cual hace extremadamente difícil el poder agruparlas en una sola Orden. El papa León XIII, animado por la unidad y constitución de una sola Orden, consigue agrupar todas las congregaciones en dos órdenes: la *Orden Cisterciense*, que aúna a las congregaciones cistercienses que, por razones históricas y sociales, se vieron

obligadas a ocuparse en tareas pastorales; y la *Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia* que, fundamentalmente, aglutina a las congregaciones familiarizadas con las reformas de la *Estrecha Observancia* y la *Trapa*, que se mantienen al margen de la pastoral, dedicándose enteramente a la contemplación.

En los siglos XIX y XX, la Orden conoce una nueva expansión, extendiéndose más allá de Europa, por todo el mundo. Con motivo del IX Centenario de la fundación del Císter en 1998 se ha vuelto a reanudar el diálogo entre las dos órdenes, en vista a la formación de una sola Orden.

Recientemente, también, hemos comenzado a acuñar el término de *Familia Cisterciense* para referirnos no sólo a las dos órdenes y a las congregaciones que poseen institucionalmente el carisma de Císter, sino también a todas las personas afines a nuestros monasterios que, de una u otra manera, movidos por el Espíritu, se sienten partícipes del mismo carisma. Esto lo interpretamos como un signo de los tiempos.

2. EL CARISMA CISTERCIENSE

Me centraré en el carisma tal como lo entiende la *OCSO*, que es la Orden a la que pertenecemos.

La finalidad última de un monje cisterciense es la de buscar sinceramente al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, bajo una Regla y un Abad, en una comunidad de hermanos. La regla básica para nosotros, como para cualquier cristiano, es el Evangelio, que interpretamos según un estilo de vida señalado por la RB y por nuestras Constituciones.

Esta búsqueda de Dios, a la que *nada queremos anteponer*, la vivimos en un marco de vida de soledad y silencio, de vigilancia y alegre penitencia, de *lectio divina*, oración personal y oración litúrgica. Deseamos una vida sencilla, escondida y laboriosa, dedicada, fundamentalmente, al trabajo manual. Por ser monjes cenobitas vivimos en comunidad, dando una relevancia esencial a las relaciones

fraternas.

Por estar enteramente dedicados a la contemplación, no tenemos tareas pastorales. Ahora bien, como cualquier cristiano, no podemos renunciar a la dimensión apostólica de la Iglesia, que desplegamos a través de nuestra oración eclesial, universal y solidaria con toda la humanidad, mediante la acogida de huéspedes, cristianos o no cristianos, que se acercan a nuestros monasterios con alguna inquietud, o con la pretensión de participar de nuestro carisma, compartiendo la liturgia, el silencio, etc.

La estructuración del tiempo está sabiamente repartido a lo largo de cada jornada, intentando buscar un sano equilibrio físico, psíquico y espiritual, y está configurado en torno a tres valores monásticos básicos: **el oficio divino, la lectio divina y el trabajo manual**; a una condición evangélica irrenunciable: **la vida en común**; y a dos necesidades humanas vitales: **el comer y el dormir**.

2.1. El oficio divino

Dice la Regla de San Benito que los monjes *no antepondrán nada al Opus Dei*. San Benito concibió el monasterio como *una escuela del servicio divino*, cuyos tiempos más importantes son los dedicados a la oración litúrgica. A través de la oración litúrgica comunitaria, expresamos nuestro deseo de que Dios sea lo esencial en nuestra vida, y a Él le consagramos las diversas Horas Litúrgicas a lo largo de la jornada, para alabanza de su gloria.

Pero esta oración litúrgica no se ciñe solamente a la comunidad de monjes, sino que también tiene una dimensión eclesial y universal. Es un espacio y un tiempo privilegiado de solidaridad y comunión con el Pueblo de Dios y con toda la humanidad, por el que afirmamos nuestro empeño cotidiano por vivir nuestra existencia como donación y como don de Dios para todas las personas, lo cual nos exige estar muy atentos a las alegrías y a las esperanzas, a las angustias y a las tristezas de todos los hermanos diseminados por todo el mundo. Aquí se

hace más palpable, si se quiere, nuestra vocación universal, puesto que no somos monjes para nosotros mismos, sino para los demás. Es en este sentido como entendemos la Eucaristía: origen y meta de la vida cristiana, centro de la oración y de la existencia entera de cada monje.

Para nosotros, el oficio divino quiere ser mucho más que un puro cumplimiento: es expresión de la búsqueda continua y sincera de Dios por parte de cada hermano, de su oración personal constante que comparte, manifiesta y celebra comunitariamente, de manera que la oración comunitaria es tal porque se nutre de la oración personal de cada hermano; y viceversa.

Por esta razón, el *Opus Dei* es un signo visible y sacramental de la presencia del Señor Resucitado, el único que tiene poder para convocarnos, reunimos, sostenernos y alimentarnos mediante el pan de su Palabra y de su Eucaristía.

El oficio de Vigilias conserva su carácter nocturno como signo de la dimensión escatológica de la vida cristiana, que el monje procura tener siempre presente en su talante vital. Por eso, el monje vela, vigila y anhela la visita del Señor y espera su vuelta gloriosa.

2.2 La lectio divina

A lo largo de toda la tradición monástica nos encontramos con que los monjes siempre meditaron y oraron con la Sagrada Escritura. Para ellos, el Señor se hacía sacramentalmente presente de una manera especial en el pan de la Eucaristía y en el pan de la Palabra.

El Señor se revela en su Palabra, haciéndose vivo y presente. El monje aspira con todas sus fuerzas a encontrarse con el Señor a través de su Palabra. Por eso, lee asiduamente las Escrituras, individual y comunitariamente, para profundizar en el conocimiento amoroso y cordial de Dios, y en el conocimiento de sí mismo a la luz de la mirada benevolente y misericordiosa del Señor.

Ante la Palabra de Dios, el monje se pone en actitud de escucha reverente, receptivo a su interpelación, abierto a dejarse evangelizar por la Buena Nueva. Cuando lee, no busca información ni formación intelectual, ni siquiera consuelo espiritual. Tampoco lee con la pretensión de aplicar su meditación a algo o a alguien. Su único deseo es ser transformado por la Palabra, conformado con Cristo Jesús a la espera de que se revele su condición de hijo de Dios.

El monje se reconoce pecador, enfermo, necesitado de la salvación y de la sanación de Jesús. La conciencia de su pobreza radical es de donde brota su sed y su hambre de la Palabra de Dios. Está necesitado de este alimento cotidiano para emprender, continuar y alcanzar, a través del desierto, de la peregrinación hacia su corazón, el camino que le conduce a la libertad de los hijos de Dios.

La lectio divina, poco a poco, va introduciendo al monje en el Misterio insondable de Dios, pero, también, en su propio misterio. No solamente Dios se revela en su Palabra, sino que, además, la Palabra revela al monje quién es, qué está llamado a ser y el lento proceso de su conversión, es decir, le revela **su realidad pecadora, su verdad genuina de hijo de Dios, y el camino personalizado que le conducirá de la una a la otra**. La lectio asidua y fervorosa introduce al monje en la meditación, abre su corazón a la oración y le va conduciendo amorosamente a la contemplación.

2.3. El trabajo manual

El trabajo manual se considera como una de las innovaciones más importantes que el fenómeno cisterciense aporta al monacato benedictino de su época. Los monasterios benedictinos de los siglos XI y XII tenían una *economía de regalo*, viviendo de rentas y privilegios. La expansión de los monasterios cistercienses a lo largo de toda la Europa del siglo XII, supuso, así mismo, una renovación en la agricultura y en la ganadería, generando una revolución en el personal laboral y en la técnica. Insistieron en que el monje *es aquél que se gana el pan con el sudor de su frente*.

El trabajo ocupa un lugar significativo en la jornada cisterciense y, junto al oficio divino y a la lectio divina, es uno de los pilares que sostienen el equilibrio del monje. Son diversos los fines pretendidos con el trabajo monástico:

- Ganar el sustento diario para poder vivir y para mantener una autonomía económica que no le haga depender de donativos o limosnas.
- Ser solidario con el mundo laboral y ayudar a los necesitados y parados.
- Tener recursos necesarios para poder acoger a los huéspedes sin ánimo de lucro, y para poder vivir la pobreza entendida como compartir.
- Prevenir al monje de un ocio malentendido que a lo largo de toda la historia, fue la causa fundamental de la decadencia espiritual de los monasterios.
- Mantener un sano equilibrio físico, psíquico y espiritual.

El trabajo monástico ha ido evolucionando a la par que el progreso de la ciencia y el desarrollo de la técnica. Consideramos bueno el progreso, del cual nos servimos, pero estando alertas a los peligros de la instrumentalización y del consumo, lo cual nos obliga, de una parte, a un discernimiento constante y, de otra, a cultivar un sentido crítico y alternativo, que puede ser un pequeño signo profético en nuestros días.

Tradicionalmente, la Orden cisterciense se ha distinguido de otras órdenes monásticas por el trabajo del campo frente al trabajo intelectual. Hoy en día, este criterio ya no es aceptable. Además, en sociedades en que el campo no es ya productivo o cultivable, se ha optado por otras alternativas como fábricas, etc.

2.4. La vida comunitaria

Como monjes cenobitas que somos, vivimos en comunidad. **Las relaciones fraternas** comunitarias son tan importantes que, a través de la calidad de nuestra fraternidad, se verifica o

no la calidad de nuestra sincera búsqueda de Dios. Es decir, las relaciones fraternas son garantía que avala si la búsqueda de Dios es auténtica o no; y viceversa.

De tal manera tenían claro esto los primeros cistercienses, que para ellos el monasterio era una *Escuela de la Caridad*. Todos somos discípulos en esta escuela. Venimos a ella a aprender: a amar a Dios, en el sentido que la RB entiende la *escuela del servicio divino*; a amar a los hermanos; y a amarnos a nosotros mismos. Por lo tanto, nos sentimos ignorantes al respecto y hombres y mujeres heridos por el desamor.

Las relaciones fraternas son ocasión para desenmascarar nuestras heridas, pues en ellas nos sentimos vulnerables y expuestos a que las heridas se abran aún más, y, al mismo tiempo, son la gran oportunidad que se nos ofrece para iluminar nuestra realidad herida y, así, poder sanarla.

La vida comunitaria monástica no tiene ningún sentido de no ser convocada por Jesús y vivida desde Él. Hemos sido reunidos en el nombre del Señor personas distintas, de edades diversas, formación diferente, etc. No nos hemos buscado uno a otros por razón de simpatías o afinidades. Nos reúne y aglutina un único ideal: la búsqueda del rostro del Dios vivo manifestado en Jesús de Nazaret, y su misericordia. Por eso, solamente podemos aprender a amarnos, en esta *escuela de la caridad*, en la medida en que cada uno está unido a Cristo Jesús y esté anclado en la experiencia, personal y comunitaria, de la entrañable misericordia de Dios.

Solamente si profundizamos en el conocimiento amoroso y cordial de Dios, podemos entender la renuncia a las propias voluntades, que es uno de los pilares sobre el que se cimienta la espiritualidad benedictina. La abnegación cobra todo su sentido si está referida a un bien mayor: la *voluntas communis*, la edificación de un cuerpo, de una persona colectiva que está ensamblada por los vínculos de la humildad, de la tolerancia, de la comprensión mutua y de la misericordia.

Ninguno de los miembros de una comunidad monástica es perfecto (¡Dios nos libre de los perfectos!). La misericordia

entrañable es el vínculo de la perfección. La misericordia es origen, camino y meta de la vocación monástica. Con la sabiduría que la caracteriza, la Regla de San Benito lo formula de la manera siguiente: y, *Él nos lleve a todos juntos a la vida eterna.*

Bernardo de Claraval consideraba *la casa de Betania* como paradigma de la vida cisterciense. *Lázaro* sería símbolo de aquellos hermanos llamados a la conversión del corazón mediante el trabajo ascético; *Marta* simbolizaría a aquellos otros cuyo carisma sería desvivirse en el servicio fraterno; y *María* representaría a los hermanos más proclives a la escucha reverente y a la sensibilidad contemplativa. Estos diversos carismas en la misma casa, no solamente no serían excluyentes entre sí, sino que, por el contrario, constituirían la riqueza de la vida en común contribuyendo a la edificación de la comunidad cisterciense, del único Cuerpo de Cristo, polifacético y ensamblados sus miembros con el vínculo del amor. De esta manera, la casa de Betania, la iglesia monástica (como gustaban de llamar nuestros padres), se convertiría en lugar de paz y de acogida, siendo un testimonio vivo de la presencia del Señor Resucitado.

En la vida comunitaria, **el/la abad/abadesa juega** un papel imprescindible. Es elegido por los hermanos para velar por las opciones que los monjes han hecho libremente, y para garantizar el cumplimiento del espíritu de la RB bajo la que han deseado vivir. Es animador, pastor, médico y guía. Hace las veces de Cristo en el monasterio, del Jesús que *ha venido a servir y no n ser servido*. Es hermano entre sus hermanos, sin faltar a la responsabilidad que le ha sido encomendada. Lo vemos como una mediación sacramental de la presencia del Señor y, por eso, libremente, aceptamos su pastoreo como expresión visible de la voluntad del Señor sobre cada uno de los hermanos y de la comunidad.

Un tercer elemento de la vida comunitaria es **la obediencia**. A través de ella es como queremos encontrar a Dios y construir la *voluntas communis*. Obediencia que no es otra cosa que estar a la escucha del designio amoroso de Dios. Esta obediencia a Dios necesita de mediaciones humanas que

preserven al monje de caer en la tentación del autoengaño. Las mediaciones principales son las del abad/abadesa y las de los formadores; pero, también, cada hermano es mediación para los demás: *se emularán en obedecerse unos a otros* (RB. 72, 6). A través de todos podemos recibir una palabra del Señor, un signo de su presencia, una interpelación o una moción.

Obediencia que requiere tener claro y renovarlo cotidianamente que, lo que tanto se desea, la libertad de los hijos de Dios, supone un camino de abnegación y renuncia, no porque sí, sino porque la transformación anhelada necesita de un proceso de abandono a lo desconocido, lo mismo que tiene que romperse la crisálida para que el gusano se convierta en mariposa.

El silencio y la soledad monásticos no son fines en sí mismos. Son medios que se nos ofrecen para buscar a Dios, para saborear su misericordia. Son una oportunidad para conocernos más a nosotros mismos, para descubrir nuestro corazón enfermo, y, por ello, son un medio fundamental en la construcción de la fraternidad en la *escuela de la caridad*.

A la luz del Evangelio es muy claro que lo esencial no son el silencio y la soledad, sino la comunicación y la comunión. Desde esta óptica, el silencio nos purifica de ruidos, nos transforma, y nos posibilita el vivir desde el corazón de Dios para tener una buena comunicación en sinceridad y autenticidad; y la soledad promueve la autonomía y la libertad necesarias para generar una verdadera comunión, que no busque al otro por puro egoísmo o autosatisfacción, sino por él mismo y desde la misericordia.

El monje es **un peregrino a la búsqueda de Dios**. El conocimiento de Dios pide siempre más, como el amor; por eso el monje no se estanca nunca en ninguna de las imágenes conocidas de Dios y, tampoco, de los hermanos. Necesita y es su deseo estar vigilante para no perder la sintonía con Dios,

para escuchar las mociones del Espíritu, para no pararse y caminar siempre más allá de todo lo conocido. Por eso se da en el monje una constante purificación de las imágenes de Dios, que le impulsan al encuentro del rostro del Dios Transcendente, del Viviente, siempre más allá, en el horizonte.

La espiritualidad del monje es **una espiritualidad del desierto**, a la conquista de la tierra de promisión que es su conformación con Cristo. En el desierto debe ir superando toda forma de idolatría y las tentaciones de las seguridades que le son familiares, desprendiéndose paulatinamente de apoyos, hasta despojarse, incluso, de sí mismo. Camina, por lo tanto, en la inseguridad y en la provisionalidad, aunque, aparentemente, viva establemente en el monasterio.

El monje vive en **la monotonía**, en una rutina aparente que, lejos de sumirle en un aburrimiento anodino, le permite ahondar más y más en lo cotidiano, sin evasiones ni compensaciones, superando las tentaciones idolátricas que se le van presentando. El monje hace fiesta en su corazón, justamente cuando se adentra de lleno en el corazón de la monotonía. Esta atención pasiva, esta actitud que no le permite distraerse con otras cosas y de no *organizar fiestas externas* que le aparten de la escucha, preparan al monje para recibir al Señor, el cual, al visitarle, convierte su interior en una fiesta. Por lo tanto, el hecho de que el monje viva festivamente en esta monotonía, es signo significativo de que su vida está animada, fundamentalmente, por el Espíritu Santo.

3. CANDIDATOS A LA VIDA CISTERCIENSE

Los candidatos a la vida cisterciense no son personas ni más perfectas, ni mejores que las demás. A partir del Concilio Vaticano II todos sabemos que cualquier vocación, surgida en el seno de la Iglesia, es llamada, por igual, a la perfección. Ya no hay *clases*, en cuanto a la santidad se refiere. Por supuesto que la llamada del monje es distinta a otras vocaciones, pero no por ello son personas ni *sub* ni *super* con respecto al resto.

Simplemente son personas que se sienten seducidas a buscar sólo a Dios, en la soledad y en el silencio. Posiblemente tengan una conciencia muy acusada de su pobreza existencial, de saberse enfermos necesitados de curación, lo cual les da un hambre y una sed inmensas del Dios vivo, del Silencioso, del Absoluto.

No buscan un refugio en el monasterio, sino que descubren en *la vida sencilla, escondida y laboriosa* el modo mejor de seguir a Jesús y de servir a la Iglesia y a la humanidad. Están fascinados por la Misericordia de Dios, quizás porque son muy conscientes de su pequeñez: *Y si no, hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios* (1 Cor. 1, 26-29).

4. APORTACIÓN A LA IGLESIA Y AL MUNDO

La dimensión apostólica y universal de toda vida cristiana nos recuerda que el carisma cisterciense es un don para la Iglesia y para todos los seres humanos, entre otras cosas, éstas pueden ser algunas de nuestras aportaciones:

- **Un sentido de gratuidad.** Ante una sociedad mundial productiva, eficaz y consumista, en la que se promueve una cultura de que *tanto cuesta, tanto vale*, intentamos decir con nuestra presencia que Dios merece todo nuestro tiempo, y que los seres humanos valen por lo que son y no por lo que hacen.
- **El cultivo de una sensibilidad** para estar atentos y descubrir los signos de los tiempos y señalarlos. La misión del monje iría en la línea de ser un **indicador** de la presencia del Señor en los diversos y múltiples avatares de la historia.

- **Ser una parábola de comunión fraterna** al tener el privilegio de vivir en una comunidad de hermanos, reunida en el nombre de Jesús. Es una alternativa a un mundo dominador que oprime, y que fomenta la injusticia y las desigualdades.

- **Testimonio de plenitud festiva en la monotonía.** En una sociedad ávida de nuevas sensaciones, que vende lo banal y superficial como recetas de felicidad, la vida cisterciense puede ser signo de una felicidad honda y plena, que se construye en la experiencia interior.

- **Presencia silenciosa y orante.** Nuestros monasterios son espacios vivos de silencio y de oración, en los cuales, creyentes y no creyentes, pueden hacer una parada para hallar aguas vivas en el desierto de su existencia, o para reconfortar y revitalizar su fe.

- **Presencia solidaria y ecuménica.** La experiencia que el monje tiene de Dios, hace de él una persona cada vez menos prejuiciada, menos dogmática, más humanizada, con un talante comprensivo y tolerante y, por lo tanto, con una visión más católica (en el sentido de universal) de la realidad. Desde esta perspectiva, acogemos a las personas por el simple hecho de ser personas, por ser hijos de Dios, independientemente de su raza, clase social, lengua, sexo, cultura o religión. San Benito en su regla insiste en que *los monjes acogerán a los huéspedes como al mismo Cristo.*

LECTURAS RECOMENDADAS

El Camino Cisterciense. André Louf
Editorial Verbo Divino

El Camino Monástico. Thomas Merton
Editorial Verbo Divino

Mi Camino de Vida. Juan M^a de la Torre
Publicaciones del Secretariado de Formación
Cisterciense

Vida Contemplativa en el Cister. Thomas Merton
Revista Cistercium nº 212. 1998